

EL ESPIA

Cuando al agente secreto le dieron a tragar la cápsula con el microfilm secreto y un medicamento para que se estriñera, con la misión de llevar el cargamento al otro lado del mundo, nunca pensó que el paso por este país de trópico húmedo, le iba a producir cagadera.

Hoy, veinte años después, todavía sigue detenido en una prisión de Langley, Virginia, donde aún padece interrogatorios diarios para que explique cómo perdió el microfilm, mientras él repite la misma explicación una y otra vez:

— Todo ese asunto no fue más que pura mierda.

GRAFFITI

Río de Janeiro hervía bajo el sol, saturado de miles de turistas que se tomaban Copacabana, Botafogo y todas las playas de la ciudad. Además de la infaltable visita a Pan de Azúcar en teleférico y al Corcovado en un tren de cremallera, que sube y baja como una oruga la escarpada elevación, pocos se fijaban en los graffiti que marcan las paredes, los viaductos, los postes de luz y prácticamente toda la ciudad.

A mí, siempre me llaman la atención los graffiti. En Río me sorprendí que hubiera uno que seguía una especie de patrón. Era como una enrevesada firma surgida de las mismas manos. Una suerte de ideograma chino de color añil, que a pesar de ser ilegible era fácilmente identificable, como lo son las huellas dactilares. Valga la redundancia: este graffiti estaba presente *en toda esta ciudad*, pero no solo aquí. Un nativo me afirmó que los rasgos azules los había visto en Sao Paulo y Brasilia.

Era como si alguien se empeñara en invertir toda su vida en ponerle su firma a esas ciudades, pero sin comunicar claramente mensaje alguno. Parecía además, ser una operación calculada, planificada y clandestina. Lo más interesante es que casi nadie parecía notarlo. Ni propios ni extraños. Quizás esta situación cambiaría el día que cada persona amaneciera con el extraño y ubicuo graffiti azul, sobre sus

espaldas, su pecho o su sexo. Los habitantes y visitantes de esta ciudad no parecían captar que alguien, de esta manera, quería comunicarles algo, sin que necesariamente conociera el significado de su propio dibujo.

Copié cuidadosamente el diseño del graffiti en mi agenda, y al mes siguiente viajé a México DF. Al transitar por la Reforma hice detener el auto en que viajaba. Ante la consternación del conductor, corrí asombrado, a tocar con mis manos exactamente el mismo graffiti que descubrí en Río. Estaba plasmado en un muro detrás de un vendedor ambulante de tacos, entre una cartelera que anunciaba tarde de toros y un afiche electoral del PRI. Lo comparé con la copia que llevaba y – sin dudas – era el mismo. Fui a un almacén cercano y compré una cámara, y recogí su imagen. Luego lo busqué en diversas calles de la ciudad y lo encontré, aunque en menor cantidad, por diversos rumbos de la capital azteca.

La semana siguiente, continué mi itinerario de trabajo incluyendo la identificación del graffiti. ¡Fue sorprendente! Lo hallé en Miami, Panamá y luego en Caracas. Más tarde en Buenos Aires y Lima. Muy preocupado acudí a un experto grafólogo, que después de una semana de análisis y muy altos honorarios, me certificó que todos los graffiti – sin lugar a dudas – estaban dibujados por la misma mano. Pero eso sí, le era imposible encontrarles significado. No me desanimé, sino que acudí a lingüistas, sociólogos, filólogos, sicólogos, semánticos, semióticos, parasicólogos, arqueólogos y antropólogos, pero ninguno dio con la clave para descifrar el enigma.

Confieso, que la curiosidad dio paso a una profunda preocupación. Yo era un inversionista, para decirlo en forma

elegante. La verdad es que formaba parte de una organización internacional y mi tarea era invertir fondos especiales, dicho directamente, lavar narcodinero.

No siempre hice eso. Mas bien, me inicié hace como seis años. Este trabajo no me producía remordimiento alguno ni me quitaba el sueño para nada. Solamente aproveché la oportunidad de cambiar el Volkswagen amarillo por un Jaguar rojo. La casita clase mediera, por una mansión en la playa y apartamentos en París y New York. Transformé mi cuenta bancaria de tres o cuatro cifras, por una de siete dígitos. La verdad es que no lo pensé mucho, cuando decidí abandonar el discurso moralista que caracterizaba mis clases en la Facultad de Derecho, por la oportunidad de ser rico.

Informé a mi organización el potencial peligro que podía significar ese sistema de señas desconocidas, para nuestras operaciones encubiertas. Podía ser, señalé en mi reporte, un trabajo de la competencia, como también códigos de señalización de los agentes policiales que siempre andaban tras nuestra pista.

La organización me confió la coordinación del operativo de control. Contratamos investigadores y aniquiladores profesionales, para que vigilaran las calles de las ciudades marcadas, y se infiltraran entre bandas y artistas con la misión de descubrir y capturar – vivo o muerto – al autor de esos extraños signos. Les di un mes de plazo y la misión de entregarme el resultado en mi caserón de playa, un jueves antes la doce de la noche del último día de mayo.

Esos treinta días fueron los más largos de mi vida y confieso que más allá del problema de seguridad para nuestra organización, me moría de las ganas de resolver el acertijo. Llegó la noche ansiada, donde conocería los resultados de

las diversas misiones que peinaron varias ciudades del continente. Las motos y autos de los mensajeros llegaron a lo largo de la noche, antes de la hora convenida, entregaron sus informes y se marcharon. Una pila de sobres lacrados se acumuló sobre la mesa de billar, donde uno de mis hombres los depositaba por indicación mía. A la medianoche, me encerré, solo, con los paquetes y los abrí uno a uno, tomándome un trago de vodka.

Nada. No encontraron nada. Habían utilizado desde el más refinado espionaje, informantes, sobornos, hasta las más burdas torturas para conseguir la información, pero sin ningún resultado concreto. Decepcionado ordené a mis guardaespaldas que se quedaran en la mansión y me fui a caminar por la playa solitaria que conocía muy bien, pues pasé cuando niño varios veranos en un pueblo cercano.

En la alta noche, un cielo estrellado anunciaba una noche sin luna. Anduve por el playón que dejó la bajar, y me sorprendió avizorar el resplandor de una fogata hacia barlovento. Me acerqué cuidadosamente y escuché ruidos como chasquidos. No vi a nadie de momento, pero sí noté surcos sobre la arena. Tomé de la fogata un leño como antorcha, y así alumbrado, pude ver un concierto de enormes figuras dibujadas sobre cientos de metros de arena tersa: barcos de velas desplegadas y delfines haciendo piruetas; estrellas y caballitos de mar, jugueteando entre olas; rostros sonrientes de soles y lunas; colibríes y ballenas; peces y tortugas; planetas y conchas; sirenas y corazones. Los trazos eran de gran calidad y por anticipado me dolió que esas bellezas, dignas del lienzo, fueran borradas por la marea alta, que no demoraría en avanzar sobre el playón.

Entonces la vi. Estaba en un extremo del playón con una rama cual pincel en la mano. Me acerqué y me bebí su total desnudez. Era oscura cual la noche, con las estrellas brillándole en los ojos y los dientes. Señaló con la rama sus últimos trazos en la arena. Me había dibujado a mí, de niño, bañándome en esa playa, sano y feliz, el día que encontré un enorme caracol, que llevé a mi casa y se convirtió en parte del hogar. Dentro del caracol se distinguía, nítidamente, el graffiti que tanto me atormentaba. Tragué grueso, quise hablar, pero ella se acercó tanto que sentí el calor de su piel, dibujó una señal de silencio con su dedo sobre mis labios..

Hasta allí llegan mis recuerdos de esa noche. Mis guardaespaldas cuentan que llegué a la mansión, delirante, prendido en fiebre, hablando incoherencias. Corrieron a la playa y sólo encontraron un agujero que rompía olas contra las palmeras. Los médicos diagnosticaron un extraño virus y recetaron medicinas y descanso. Por tres días y sus noches convalecí, intentando descifrar los sucesos de aquella noche.

Me levanté de la cama con una decisión tomada. Sin dudarlo busqué un contacto con las autoridades idóneas y denuncié a la organización. Proporcioné todos los detalles que permitieron desarmar sus actividades y propósitos. En cambio me dieron protección como testigo clave, por lo que cambié mi identidad.

Hoy nadie me reconocería. Camino por las ciudades y examino graffitis a luz de luna; libo rondas de cachaza, tequila y cerveza; hago el amor desafortunadamente; marco en un mapa los puntos nerviosos de caos y crisis; dibujo telas de araña que una las pinturas urbanas para luego ofrecerlas a una tarántula celeste para que las teja; convoco un

rito macumba que espolvoree de sus menjurjes esotéricos,
las manchas azules

Así, he llegado a la conclusión siguiente: sólo uniendo todos los miles de graffitis azules en una continua cadena de asociaciones, podremos descifrar algún día la ternura e ira de una mujer desvariada, que loca de amor busca expresar el estallido de un sueño imposible.



LA PIEL DE LAS LUCIÉRNAGAS

A José Carlos

Los cocuyos

Cuando María Aparecida se asombró con el vuelo de los cocuyos quiso que María Iluminada le echara alguno de los cuentos, de esos que a su vez había aprendido de María Preciosa

La primera de sólo nueve años los miraba desde el balcón. Un apagón había submergido la isla en una profunda oscuridad y la niña se embelesó en la luna nueva y los trazos de luz de las luciérnagas

La segunda María acercaba la mecedora al balcón. No pudo dejar de asociar la danza de lucecitas con otros momentos de su vida, cuando siendo una niña preguntaba a su madre, la tercera, el por qué de ese guiñar de ojitos luminosos entre la foresta

— Tu abuela — dijo — lo llamaba isondúes

— Qué palabra más rara — comentó María Aparecida mientras acomodaba un cojín.

— Viene del nombre de una persona, Isondú.

— ¿Y quién era esa persona?

— Cuenta una leyenda de los indios guaraníes que Isondú era el hombre más guapo, valeroso, inteligente y fuerte de su tribu. Tanto que muchas chicas se enamoraban de él, y era admirado por los hombres.. pero no por todos. Algunos le tenían rabia y envidia. Hasta el punto que un

día le prepararon una trampa. Lo esperaron a la vera de un camino donde siempre pasaba. Habían cavado un gran hueco y tapado con hojas de palma, exactamente por donde sabían que él tenía que atravesar.

— Y Ratón Pérez cayó en la olla

— Así fue. Fue directo al hueco y quedó algo aturdido con la caída. Los envidiosos se reían de Isondú y se burlaban al verlo indefenso sin poder salir del agujero, mientras le lanzaban primero ramitas y luego guijarros que Isondú devolvía con más tino que ellos mientras exclamaba: “¿Por qué me hacen esto? ¿Qué daño les he hecho? ¡Déjenme salir de aquí! ¡Cobardes!” La verdad es que los envidiosos sólo querían jugarle una mala pasada, pero como ya sabes, juego de manos juego de villanos, pues la situación se fue poniendo color de hormiga hasta el punto que lo que caían eran palos y pedruscos sobre el pobre Isondú que como debes suponer llevaba la peor parte. Hasta que la noche cayó sobre ellos y el silencio señaló que la resistencia había terminado.

— Lo mataron — dijo María Aparecida y se cubrió el rostro con las manos.

— Su cuerpo sin vida yacía en el fondo del agujero, mientras que afuera sus victimarios estaban consternados al caer en cuenta de lo que habían hecho. Sí, se les había ido la mano. Ahora tendrían que someterse a la justicia y el castigo de la comunidad o huir a cualquier parte y nunca volver. Sabían que los espíritus del bosque no se quedarían de brazos cruzados frente a este crimen. Esto es lo que cavilaban sentados al borde de la trampa, cuando sintieron que la naturaleza calló. Cesó el canto de los grillos y el ulular del búho, y un viento muy frío vino de las honduras de la selva

que los rodeó, y escucharon como voces que pronunciaron palabras que no entendían. Temerosos y temblorosos se juntaron entre sí. Entonces ocurrió...

— ¿Qué ocurrió?

— Escucharon como si el cadáver del infortunado Isondú se moviera. Asombrados se asomaron a la cavidad. “Está vivo” pensaron. En la oscuridad percibieron pequeñas luces que nacían de las heridas de su cuerpo. Estas se movían. Cada vez eran más y más. Hasta que los restos de Isondú se convirtieron en miles de cocuyos que salieron del agujero, libres y luminosos por todas direcciones, por los cursos de los ríos, los desfiladeros, los valles y montañas, las selvas y estuarios. Las tribus, los cazadores, las madres, los niños y las niñas, los chamanes, los pescadores, los artesanos, los animales de la selva, vieron por primera vez esas luces vivas y las confundieron con espíritus, con estrellas, con sueños y fantasías

— Pero son solamente insectos..

— Para los guaraníes y personas como María Preciosa, son isondúes. Mira, María Aparecida, míralos volar. A veces parece que se apagan pero vuelven a relumbrar más adelante. ¡Mira ese!

— Sí mamá, son isondúes

Al rato María Aparecida se durmió. Su madre la acomodó en la silla y no la cargó hasta la cama todavía, pues necesitaba sentirse acompañada. La oscuridad no permitía ver el océano, pero éste se hacía presente por el bramido de la pleamar. Intentaba alejar de su mente los recuerdos de la violencia que pugnaban con invadirla. Inconscientemente se frotaba los vestigios de moretones en la espalda, brazos y hombros y la cicatriz de la ceja derecha.

No era fácil escaparse de recuerdos tan recientes y tan intensos. El puño de Miguel machacándole el rostro y sus patadas inmisericordes hasta hacerle perder el sentido no era fácil de borrar. Volver en sí en un hospital para luego enfrascarse en los largos y vergonzosos trámites del litigio. ¿Qué se hizo el novio gentil y el buen muchacho de hace diez años? ¿Cómo Miguel se convirtió en ese energúmeno sin piedad? ¿Cómo pasaba del arrepentimiento a la espiral de violencia sin ningún asco, como si fueran dos personas tan diferentes entre sí?

Lo peor era cuando ella, intentando cubrirse de la andanada de golpes, descubría en el vano de la puerta, o en un rincón, la cara de horror y de terror de María Aparecida que los miraba. Entonces le rogaba a Miguel, no ya que dejara de golpearla, sino que por lo menos alejara a la niña de ese lugar, que no le permitiera a la niña presenciar una escena como esa. Pero que va, Miguel no le importaba pues su furia era mayor que él y lo dominaba y no se permitía el lujo de esa tregua, ni por su propia hija.

Miguel fue condenado a cortas estadías en la cárcel y fianzas de paz. Las autoridades le recomendaron a las dos tomar distancia del abusador y por eso ahora ambas estaban en esa isla, recomenzando su vida. Ella, María Iluminada, retomó el trabajo de maestra. ¿Quién lo iba a decir? Es lo que había estudiado y que nunca puso en práctica por la insistencia de Miguel (y de sus celos) de que ella no trabajara.

Iban ya dos meses de estar encontrándose con las caritas de niños y niñas de todos los tamaños que abarrotaban la escuela primaria de la isla. Ellay un viejo maestro manejaban la educación de un centenar de párvulos, que esperaban la

salida de clases ansiosos para ir meterse al agua en la playa frente a la escuela y luego extasiarse en sus casas con los dibujos animados de la televisión. Su hija era una de sus estudiantes, pero el rostro que la miraba desde la primera fila del aula ya no reflejaba horror sino por el contrario, el orgullo de apreciar el trabajo de su mamá.

No dejaba de temer a Miguel. A veces cuando roneaba el motor de la lancha de transporte, suspendía la clase y sin poder evitarlo auscultaba el muelle cercano, a ver si entre turistas y lugareños se aparecía el rostro de su esposo y sus manos de hierro. En esos momentos captaba que María Aparecida tenía el mismo temor. Pero luego se sonreían y la niña regresaba a sus labores.

Así, en momentos como este, en medio de la noche, María Iluminada lidiaba con sus recuerdos y la luz de los insectos inmersos en la paz de los mares la aliviaban en algo de sus pesares. El reloj de cucú anunció la medianoche. Mañana, es decir ya hoy, es sábado. ¿Por qué irse a dormir temprano?

¡Qué curioso! En el juego de las luces de los cocuyos, antes errático, empezó a percibir un patrón. Los isondúes estaban repitiendo el mismo movimiento una y otra vez, una y otra vez. “Bueno, así son los insectos”, pensó y se levantó a buscar algo que tomar. De vuelta encontró la misma conducta de los bichos. No resistió la tentación alumbrándose con una linterna. Buscó lápiz y papel y dibujó los movimientos de ese patrón repetitivo de la manera más fiel posible. Cansada, cargó en sus brazos a María Aparecida, y la llevó a su cama. Cerró la puerta del balcón, aseguró todas las puertas y ventanas, cosa que solo ella hacía en esta isla (Oh Miguel) y se fue a dormir.

Las noches siguientes sucedió lo mismo. Siempre después de las doce las luciérnagas asumían la misma rutina.

María Iluminada corroboraba los dibujos y no quiso decirle nada a su hija, que le preguntaba por qué se dormía tan tarde. Cuando los estudiantes en los exámenes agachaban las cabezas, consultaban sus baterías o se intercambiaban respuestas con mímicas y palabras sin sonido, la maestra sacaba sus hojas y revisaba los dibujos que reproducían la danza de las luciérmagas.

Un día en medio de una clase de español de quinto grado, María Iluminada, exclamó en voz alta sin poder contenerse:

— ¡Dios mío! ¡Son palabras!

Puso una plana a los consternados alumnos y corrió hacia donde estaba el maestro en medio de una clase de educación física. Lo encontró en la sombra de un palo de tamarindo, sentado con un silbato para marcar el paso de los estudiantes. A punto de jubilarse, el maestro Saldívar no estaba en condiciones para realizar esos esfuerzos. Era un hombre juicioso y además ávido lector de todo lo que llegara a sus manos.

Miró atentamente el papel con los dibujos que le mostró María Iluminada. Con parsimonia explicó que las luciérmagas son escarabajos, que no tienen fuente de calor, que sus señales son de luz fría, la más eficiente conocida pues convierten noventa y cinco por ciento de su energía en luz y sólo el resto en calor.

— Imagínese, maestra — dijo — una vela que brillará con la misma intensidad que un cocuyo sería ochocientos mil veces más caliente que la señal de una luciérnaga..

— Maestro Saldívar, estoy segura son palabras en otra lengua..

— Ellas prenden sus luces — continuó el maestro, devolviéndole la hoja a la maestra, — cuando se cortejan para el apareamiento con movimientos diferentes pues mientras que unas brillan continuamente, otras son intermitentes, dependiendo del sexo y de la especie. La luciérnaga macho envía su mensaje muchas veces al aire y observa sus ojos, enormes y protuberantes, le ayudan a captar la señal luminosa de una hembra quieta.

— Maestro, o sea que son luces de amor. Ellas comunican mensajes..

— Las luciérnagas o cocuyos son de la familia lampíride y en el mundo existen al menos dos mil especies conocidas, pero quizá el doble de este número esté aún por descubrir, principalmente en Centro y Sur América.

— Precisamente maestro, entre tantas especies no investigadas ¿cómo sabe que no puede existir una que haga lo que le he explicado y además señalado? — preguntó María Iluminada y agitaba el papel ante sus ojos.

El maestro ante el argumento miró de hito en hito a la joven educadora.

— Pero no son seres inteligentes, maestra.

— ¿Cómo lo sabe si quedan especies por descubrir? Nadie sospechaba de las capacidades de los delfines hasta hace poco, y ni hablar de..

— Bien, bien. ¿Puedo ir a su casa esta noche?

— Tendré café y pasteles. Recuerde que el patrón se repite a partir de la medianoche.

*

Confortablemente sentados en el balcón, observaban la noche con las luces apagadas, y ocurrió lo anunciado por María Iluminada. El maestro incrédulo trazó las líneas y las comparó con las dibujadas por ella.

— Sí, se repite. ¿Pero cómo sabe que son palabras? ¿Qué idioma es?

Ella suspiró y apretó sus manos:

— Maestro, son palabras en árabe.

— ¿Usted sabe árabe?

— Mi abuelo lo hablaba y algo sé... Reconocí los trazos y para estar segura busqué el significado en un diccionario.

— Si sabe todo eso, ¿por qué me lo contó?

— Tenía que contarle y saber que no me estaba volviendo loca o algo así.

— Usted de loca no tiene nada..

— Son dos palabras. Un trazo corresponde a la palabra “*saade*” y el otro a “*amal*”, es decir “felicidad” y “esperanza”.

Se hizo un silencio. Sólo se escuchaba el tintineo de la cucharilla con que el maestro revolvía el azúcar de su café.

— ¿Quiere decir que estas luciérnagas están hablando entre sí? — preguntó.

— O nos están hablando a los humanos o a alguien en especial. Ese es el dilema, maestro.

— Si es así, ¿todas las luciérnagas hacen esto desde siempre y no nos habíamos dado cuenta?

— Son isondúes..

— ¿Cómo dijo?

— Mire maestro, no me anima realizar a partir de esto una investigación científica. Lo que sé es que esas palabras me han inspirado en este momento de mi vida. No lo divulgue, por favor.

— Usted ha hecho un descubrimiento importante.

— Lo que sé es que esos bichitos de luz pronuncian algunas de las palabras más importantes del mundo y yo las comprendo.

— Sabe María Iluminada, no diré nada a nadie. Creo que esos mensajes son para usted y sólo para usted. ¿Sino por qué en árabe? Ciertamente por sus trazos es un idioma más fácil de escribir lumínicamente en el aire, pero sólo usted entiende algo de ese idioma en la isla. ¿Por qué los percibió sólo usted, y nadie más a lo largo de la historia humana?

En las noches siguientes María Iluminada acudió a su balcón a la medianoche y comprobó que cada dos o tres noches las palabras cambiaban pues aparecieron otras como amor, fe, empeño pero también jazmín cuando esas flores perfumaban el ambiente, o incluso se anticiparon en anunciar la primera floración de la *Dama de la Noche* sembrada frente a su casa. Fue esa noche cuando decidió contárselo todo a María Aparecida. Desde entonces la niña la acompañó las noches en que podía trasnocharse porque no había escuela al día siguiente. Y fue la niña a la que se le ocurrió la idea:

— Mamá, ¿no podemos responderles?

Tenía que ser una luz que no asustara a los cocuyos. Después de mucho buscar encontró una lamparilla tipo bolígrafo con un pequeño foco. Entre ambas se decidieron por un saludo, algo así como “hola”, pero en árabe, y una y otra vez los practicaron entre ellas, hasta que el viernes en la noche enviaron su mensaje. Los cocuyos se apagaron al unísono como si parlamentasen entre ellos y de pronto una sinfonía de luces alocadas inundó la noche con onomatopeyas, llenándola de palabras intensas, carcajadas y júbilos.

Una noche lluviosa en que María Iluminada dejaba ir su mente por los caminos del deseo y la pasión, las luciérnagas escribieron su primera frase y luego su primera oración completa. Hablaban de sus copulas entre las hojas y el éxtasis de sus orgasmos fosfóricos cuando sus luces pasaban de verdes o blancas, o rojos encendidos, ocultas entre los papos y los floripondios. La maestra sucumbió a la intensidad de esas confesiones con sus dedos que descendieron anhelantes y marcaron la ruta de la satisfacción con pequeños grititos contenidos para no despertar a la niña que dormía en el dormitorio cercano.

La despertó su perro latiendo. Se sobresaltó y pensó temerosa en la amenaza de Miguel. Se puso algo encima y se asomó al balcón con cuidado y leyó la alarma de las luciérnagas. Algo muy grave había ocurrido. Con su foco les respondió, se bañó y vistió mientras el sol salía. Se dirigió directamente a la casa del maestro que vivía a kilómetro y medio de la suya, junto a la escuela. Oyó su ronquido a través de la puerta y con cuidado pasó al traspatio de la casita y encontró lo que esperaba, una jaula construida con alambres y junquillos, llena de varias decenas de luciérnagas a esas horas bichos grises y tristes. Era cierto, allí estaban.

Abrió la jaula y los insectos volaron hacia los árboles en dirección a su casa.

Oyó la voz del maestro a sus espaldas:

— Es solamente una cocuyera... la gente de antes la usaba para alumbrarse en la noche.

— Sí maestro, pero usted sabe de donde son esos cocuyos. Los capturó antes de la madrugada por mi casa — le reprochó María Iluminada.

— Pasé varios fines de semana en otra parte de la isla

analizando estos insectos, y parece que sus lucernas o cocuyos son los únicos que escriben en el aire..

— ¿Tuvo que encerrarlos? Me ha decepcionado.

— Quería observarlos bien por un rato y luego devolverles la libertad. Pensé que usted no se daría cuenta. Lo siento.

— Maestro, voy a tener que contarle a usted una leyenda, y usted tendrá que escucharme como si fuera un niño.

— Acepto la penitencia — dijo Saldívar con caballerosidad y se fue a buscar butacas para ambos

— Esto me lo contó María Preciosa, mi madre. Yaramai, un niño de los indios pemones de Guayana tenía como diversión perseguir luciérnagas y meterlas en un cocuyero como el suyo que guindaba de un horcón del rancho e iluminaba la oscuridad de la habitación. Los animalitos sufrían privados de su libertad y se golpeaban intentando salir inútilmente. Cuando debido a la tristeza y los sufrimientos ya no alumbraban más, Yaramai liberaba a los supervivientes, para luego ir de cacería a renovar su prisión.

Los que eran liberados relataban a sus similares sus aventuras y señalaban al causante. Una noche sin luna, cuando la comunidad estaba reunida discutiendo problemas que les afectaban, el niño se escapó hacia el monte buscando incesantemente su provisión de cocuyos. Tuvo que ir más lejos pues cada vez era más difícil capturarlos como si ellos advirtieran el peligro, pero después de largas horas al fin llenó la jaula.

Entonces se dio cuenta que estaba perdido en el bosque y que debía esperar la luz del sol para encontrar el camino de regreso. Se subió a un gran árbol de mangos y se acomodó, pero tembló al escuchar cerca el rugido del jaguar, el

sisar de una pitón y el jadear de los jabalís. Los insectos del cocuyero estaban apagados como si fuera una huelga de no luces. Entonces una vocecita susurró su nombre mientras algo le iluminaba la cara. Era una luciérnaga de un gran tamaño, como nunca había visto, que teñía de verde toda la copa del gran árbol de mangos, con una luminosidad tan intensa como un millar de cocuyos juntos.

El susto casi le hizo caer a Yaramai de la rama que lo sostenía. Cuando pudo hablar le pidió a la gran luciérnaga que lo guiara con su luz hasta la aldea, pues estaba en un lugar muy peligroso y su vida corría peligro.

— ¿Y cómo crees que nos sentimos nosotras? ¡Vivimos pendientes de que si vienes o no a atraparnos, encarcelarnos y humillarnos! — contestó el insecto.

Yaramai lloró como nunca antes en su vida. Apenado abrió la cocuyera. Dejó ir las prisioneras. Desarmó la jaula hasta que el último junquillo cayó entre las raíces del palo de mango. Se hizo la oscuridad total pues el gran cocuyo se apagó y desapareció. Al rato percibió una lejana y tenue luminosidad. Bajó del árbol con cuidado y contempló como los cocuyos habían formado una brillante hilera que señalaba una ruta, la cual siguió y esto lo condujo directamente hasta su rancho, donde su familia y la comunidad preparaban una expedición para rescatarlo. Desde entonces no sólo Yaramai sino todo el pueblo, se abstiene de capturar a las luciérnagas y prefieren disfrutarlas en libertad.

— ¡O sea que sí hay historias de la comunicación de las luciérnagas! — concluyó el maestro.

— No se vaya por ahí, querido maestro.

— ¡No me diga que sus cocuyos le avisaron que yo había atrapado a algunos compañeros!

— Así fue, maestro. Ya no son palabras sino frases y oraciones completas

— ¡Increíble! Le prometo desde ahora unirme a las huestes de Yaramai.

— En eso confío.

Mientras conversaba con su colega, María Iluminada no prestó atención a la sirena de la primera lancha de transporte de ese día, que atracó en el muelle con muchos visitantes que llegaban al pueblo atraídos por las fiestas patronales que se iniciaban esa noche. No pudo saber que entre ellos, vestido de turista con un gorro playero calado hasta las cejas, había llegado al pueblo su peor pesadilla.

Esa noche resonaba a la distancia el jolgorio en la plaza del pueblo, pero la maestra decidió quedarse en casa por dos buenas razones. Su hija estaba rendida luego de una semana de clases y se durmió muy temprano. Además debía esperar la medianoche para comunicarse con las lucemas, como las nombró el maestro según las costumbres de su pueblo de origen, e intercambiar sobre el incidente de la cocuyera y la conversión del maestro Saldívar.

Al juntarse las manecillas sonó el reloj de cucú y puntualmente las luces escribieron. Ella con el diccionario árabe-español en mano, intentaba descifrar los mensajes “Pobres”, pensó, “están tan asustadas por lo ocurrido.”

Las luciérnagas afirmaron que no eran animales agresivos, sino todo lo contrario, y que incluso también ayudaban a la agricultura gracias a su dieta de alimentación que atacaba a algunas plagas. Ella las calmó con mensajes tranquilizantes emitidos por la luz de su foco y los cocuyos terminaron por contarle un incidente amoroso entre sapos y ranas, acaecido en la prima noche debajo del tamarindo. María Iluminada

se quedó dormida en el balcón con el arrullo de la brisa que soplabá del mar:

*

Miguel sacó los binoculares y la observó desde el lote de enfrente. Lo fácil de encontrar el domicilio compensaba en algo lo difícil que había sido dar con el paradero de ella en esa isla lejana. Los pobladores le facilitaron la dirección de la maestra y su hija sin asomo de desconfianza, y sólo tuvo que esperar la noche. Ahí estaba ella, dormida en el balcón iluminado por la luna llena que recién emergía de la panza de un gran cúmulo de nubes, y además tenía una pequeña linterna encendida en su mano como para hacerse más notoria.

— ¡Me las pagará! — se le escapó con tanta rabia, que se tapó la boca pensando que lo había gritado y alertado así a la maestra. — Abandonarme, encarcelarme, llevarse a mi hija, hacerme perder mi trabajo. ¡Maldita! — remarcó, mordiéndose los labios hasta sangrar. Al guardar los binoculares en la mochila involuntariamente tocó la cache del revólver.

El disparo restalló y se multiplicó en la noche y María Iluminada literalmente saltó de la mecedora y casi se va de bruces por el balcón, a la par que escuchó el alarido de María Aparecida desde su cuarto.

— ¡Miguel! — gritó.

Si frente a ella, en su mismo patio estaba Miguel con un revólver en la mano de donde había salido el tiro fallido, apuntándola de nuevo. Y mientras María Iluminada abrazó a María Aparecida que salió de su habitación y se le abalanzó, vieron como de pronto ese hombretón amenazante era invadido por una miriada de luces furiosas que le tapaban



los ojos, se le introducían por las fosas nasales, la boca y los oídos, cubriéndolo con un torbellino fosforescente.

Miguel soltó el arma y corrió hacia el mar marcado por una estela luminosa, buscando librarse del acoso de los cocuyos. En lugar de dar con la playa, erró y en un salto mortal cayó por el acantilado impactando sobre las grandes piedras de origen volcánico dentadas y cortantes, que el mar cubría levemente en ese momento con el oleaje de la pleamar.

Las voces alarmadas de los vecinos se acercaban cada vez más, llamándolas y ambas abrazadas como una sola, miraron como los cocuyos regresaron del acantilado y luego de un breve lapso de trazos ininteligibles escribieron una sola palabra, una y otra vez y eran los colores del adiós.

María Iluminada no pudo escribir una respuesta con su foco, roto al caerse. Con lágrimas en los ojos hizo con sus manos la señal de despedida.

— Despidete, hija, se van y ya no volverán más.
La niña la imitó.

- ¿Qué escribieron, mamá?
— Sólo una palabra, querida, Isondú.

Las luces de muchas linternas y las siluetas de los vecinos que acudían invadieron el patio, la casa y titilaron por la playa y el acantilado, mientras que las lucernas se perdían por los vericuetos de monte adentro.

Las constelaciones

Calixto Algandona encendió el último cirio que le quedaba de la caja que había comprado al llegar a Poitiers. Poco faltaba para el amanecer y no dejaba de atisbar las sombras que inundaban la catedral donde latían las luces de veladoras iluminando a santos y vírgenes de piedra.

El sacristán le permitió quedarse solo dentro del templo toda la noche como un gesto de conmiseración a este extranjero que había viajado desde tan lejos, desde otro continente, sólo a venerar y pedir el auxilio de Santa Radegunda; y que día tras día había permanecido al pie de la imagen de la santa encendiendo velas y rezando.

Calixto siguió orando en voz baja reconfortado al escuchar su propia voz en medio de un silencio plagado ocasionalmente de ruidos tenebrosos. A veces interrumpía sus letanías y le enseñaba a la estatua de la santa sus pies y pantorrillas, que eran las razones que lo traían a esta ciudad francesa.

Todo empezó hacía dos meses en su país, aquella mañana de octubre cuando fue a bañarse y descubrió que los dedos gordos de sus pies estaban totalmente teñidos de azul índigo. Se restregó con jabones y detergentes, luego con los productos que le recetaron los dermatólogos, hasta descubrir horrorizado que el mal avanzaba irremediablemente día a día.

y que estaba sincronizado para cubrirle ascendentemente sus dos extremidades inferiores y luego el resto del cuerpo.

Cuando la medicina occidental falló toda su fe se volcó en la medicina alternativa. Recorrió chamanes y brujos, adivinos, curanderos y yerberos, que le leyeron el iris y las palmas de las manos, le echaron el tarot y el I Ching y utilizaron el poder de las piedras y las chacras, y los horóscopos maya y egipcio.

Cuando esto le falló, rebuscó entre los recuerdos de su infancia del colegio de los curas donde estudió, el catecismo y la primera comunión, y de golpe retomó una religiosidad perdida en los confines iniciales de su vida. Acudió a las iglesias y percibió que las divinidades mayores estaban acosadas por una multitud de peticionarios que atiborraban altares y procesiones. Fue entonces cuando, dándose una palmada en la frente, exclamó:

— ¡Carajo, si para eso están los santos!

Había miles, varios de miles de ellos y muchos tenían sus especialidades. Santos y santas que curaban desde la ictericia hasta las hemorroides, desde la hidropesía hasta los celos, desde la incontinencia urinaria hasta la histeria, desde la transpiración excesiva hasta la homosexualidad, desde la tos ferina hasta el desempleo.

Consultó sacerdotes y religiosas, santorales y tratados eclesiásticos hasta depurar su lista con dos nombres de especialistas en enfermedades de la piel: San Procopio y Santa Radegunda.

Empezó con el santo. Leyó acerca de él. Que fue oficial del ejército diocesiano y que murió hacia el año 303, que su nombre original era Neanías, que fue responsable de ponerles prisión a los cristianos en Egipto y Palestina, hasta

que un día, haciendo su trabajo en medio de una tormenta, tuvo una iluminación en medio de rayos y truenos, por lo que hasta su propia madre lo denunció por traidor al honor de su ejército; y que fue encarcelado y torturado al punto que le desfiguraron el rostro a golpes; que condenado a muerte todos le vieron aparecer con el rostro terso y radiante y caminar hacia el verdugo que lo decapitó; que ante el cadalso él afirmó que el mismísimo Jesús se le había aparecido en su celda y lo había rociado con agua bendita transformándole el rostro marcado por los golpes. De ahí su poder para curar los males de la piel.

Calixto se cansó de rogativas y plegarias, y visitó su santuario, pero San Procopio no le dio respuestas.

Ahora estaba aquí, solo, arrodillado frente a la estatua de Santa Radegunda, utilizando también con ella las tres clases de plegarias que había aprendido desde niño: la vocal a través de la palabra hablada, la mental expresada interiormente y la palabra jaculatoria que es el impulso del corazón por medio de un pensamiento no formulado pero sincero. Ella no se quedaba atrás, pues hija de Clodomiro, rey de Orleans, fue educada por su tío, el rey de Neustria quien la desposó contra su voluntad cuando apenas ella tenía 19 años, pero luego de un incidente sangriento en el que su marido mató al hermano de Radegunda se retiró a la vida religiosa en la Abadía de Sainte Croix que ella misma había fundado en esta misma ciudad. La santa tenía a su favor muchos milagros comprobados al curar las más raras y difíciles enfermedades de la piel.

— Es mi última vela... — dijo Calixto entre suspiros, — pero pronto ya va a amanecer — se consoló, pues no quería quedarse a oscuras.

De pronto una luz que venía de arriba lo hizo pensar que el primer rayo de sol había atravesado el vitral coloreado del templo, en el mismo instante que con un chisporroteo se apagaba el cirio. Entonces elevó la mirada y vio a Santa Ragedunda colgada cabeza para abajo, pero sin que sus ropas ni cabellos siguieran la ley de gravedad. Era idéntica a la estatua de piedra que estaba en el altar y por eso la reconoció.

La santa tenía los ojos cerrados y de pronto los abrió y eran verdes

El sólo atinó a decir las palabras que siempre había pensado decir si algo de esto ocurría:

— Venerable santa, ayúdeme, me llamo Calixto Algandona y un extraño mal me invade la piel.

La santa le miró las piernas tan intensamente que Calixto sintió un escozor. El también se las miró y no notó ningún cambio. La santa repitió el tratamiento y Calixto notó que el color azul índigo empalideció un poco pero se mantuvo.

— Es un caso difícil — dijo la santa con raro acento. — ¿Has convocado a otros santos? Recuerda lo que dijo el papa Benedicto XIV: “Es importante multiplicar nuestros intercesores ante Dios..”

— Antes que a ti, invoqué a San Procopio. Pero no tuve contacto con él.

— ¿Procopio? Excelente. Espera, déjame a mí.

La santa hizo un giro de ciento ochenta grados mientras descendía, pero siempre se mantuvo a unos dos metros del suelo; cruzó los dedos, suspiró y junto a ella se materializó San Procopio. Ella le señaló las piernas de Calixto y San Procopio las miró. Calixto sintió como arañazos en las

piernas, pero la mancha siguió ahí. El santo le dijo algo al oído de la santa y luego sin más se desdibujó en el aire hasta desaparecer. La santa descendió a hasta quedar a unas ocho pulgadas del piso.

— Hijo mío, como ves he convocado a San Procopio que es un santo más ocupado que yo. Estamos de acuerdo en el diagnóstico. Tu enfermedad no es tal. Más bien es una maldición de alguien. Es una magia muy fuerte de otra religión.

— ¿Quién pudo hacerme esto a mí?

— Creo que es vudú o un rito africano muy poderoso, hijo mío. Y eso no es todo. El mal avanzará y cuando esté toda tu piel cubierta de azul, te helarás y morirás.

— ¿Con cuánto tiempo cuento?

Cuando hacía esta pregunta a Calixto lo estremeció el recuerdo de la vieja haitiana que hace unos meses lo maldijo en creole, cuando la expulsaron del país por ilegal, producto de los trámites que él realizó como abogado de la Oficina de Migración. La nieta de la anciana había muerto en la captura cuando un robusto inspector intentando asir a la vieja, cayó sobre la cama donde la bebida dormía, matándola. Los ojos de la vieja llamaron y su dedo índice maldiciendo a Calixto, parecía la batuta frenética de un director de orquesta en el paroxismo de un concierto.

— Quizás medio año — afirmó la santa sacándolo de sus pensamientos.

— ¿No hay remedio?

— No sé. Debo comunicarme con el santo de las intercesiones urgentes, San Expedito. Es muy amigo mío y me ayudará a encontrar respuesta rápida a tu pregunta.

Nos vemos aquí mañana a esta hora. Mientras rézale su oración. El cura ha de tenerla. Sobre todo el final que dice: “Te lo ruego, no dejes para mañana lo que puedes hacer enseguida”.

Dicho y hecho Santa Radegunda ascendió, se invirtió y desapareció, mientras ahora sí entraba el primer rayo de sol por el vitral coloreado de la catedral de Poitiers.

Deprimido pero esperanzado, Calixto rezó sin parar las oraciones a San Expedito sin olvidar a Santa Radegunda y menciones especiales a San Procopio. Acompañó sus abluciones con abundante sidra, pues según se enteró, Santa Radegunda descubrió esa embriagante bebida cuando se le fermentó un jugo de manzanas dejados casualmente a la intemperie.

Tuvo que aportar una buena limosna para que el sacristán le permitiera pernoctar otra vez en la iglesia la noche siguiente. Provisto de una buena cantidad de velas esperó la hora indicada y puntualmente apareció la santa, pero en esta ocasión emergió del muro de una manera tan diáfana que le recordó una imagen virtual de computadora.

— Hijo, San Expedito me ayudó mucho y pude obtener respuesta rápida del más alto nivel.

— ¡Qué alivio!

— Sí, pero te advierto que el antídoto no es fácil de obtener. Las deidades africanas son misteriosas, enrevesadas y complejas de conocer y en especial para contrarrestarlas. Una vez tuvimos que encontrar respuesta a un conjuro africano que estaba convirtiendo a un hombre en un oso hormiguero. Pero lo logramos.

- ¿Cuál es mi antídoto?
- Si perdona, no siempre tenemos posibilidad de hablar tanto con un mortal. Escucha bien... ¿Cómo te llamas hijo mio?
- Calixto, señora, Calixto Algandona..
- Calixto. Ajá. Bien. Debes encontrar a una mujer que tenga dibujada una constelación en su espalda.
- ¿Una constelación en su espalda? Santa, explícate. No comprendo... — ripostó Calixto.
- Sencillo. Existen algunas mujeres muy especiales que poseen ciertos lunares en su espalda. Al unirlos dibujando líneas aparecen señaladas algunas de las constelaciones estelares del firmamento.
- La mitad de la humanidad son mujeres — desesperó Calixto. — Y ¿cómo se hace para verles las espaldas desnudas?
- Casi ninguna sabe que sus lunares tienen esos significados — aportó la santa.
- Suponga que la encuentro y ¿Entonces?
- Ella debe abrazarte voluntariamente. Sólo así se romperá el hechizo.
- ¿Me está diciendo, santa, que debo encontrar entre tres mil millones de mujeres, una que tenga una constelación dibujada en la espalda, lo cual ella no sabe y, además, conseguir que me abrace por su propia voluntad?
- No tienes que buscar en todo el mundo. Ella está en tu país.. Falta algo..
- ¿Qué más? ¡Ah! No me diga que no es cualquiera constelación.
- Exacto. De las ochenta y ocho que existen, solamen-

te funcionará con la mujer que lleve estampada en su espalda la constelación de Cruz...

— ¿Cuál es esa?

— Significa cruz, es un antídoto nuestro contra esos difíciles conjuros

— ¿Y cómo es esa constelación?

— Mi tiempo contigo terminó. La respuesta a esa pregunta es fácil de encontrar en los libros de astronomía. Me voy, claman por mí cuatrocientas treinta cinco personas con impétigo, doscientos dos con sarnas y ciento treinta seis con lepra, en tres continentes diferentes

— ¡Espera! ¿Otras personas pueden ayudarme a buscarla?

— Bien. Para que esto funcione sólo tú puedes buscarla y encontrarla. Pero escucha. Cuando estés cerca de ella o de una imagen de ella sentirás una señal especial, puede ser que el corazón te lata del otro lado del pecho, o que huelas por los oídos o respires por las orejas. Será cosa de segundos y no es seguro que ocurra. Lo siento, no puedo hacer más por ti.

— ¡Gracias mil, señora... perdón, santita!

— De nada, hijo, tómate otras botellas de sidra en mi nombre — dijo Santa Radegunda y desapareció a través del muro, al instante que se abrieron las puertas de la catedral, y un grupo de turistas japoneses inundaba el recinto con el zumbido de sus videograbadoras y los *flashes* de sus cámaras digitales

Calixto no se permitió dormir ni descansar, y lo primero que hizo fue visitar la biblioteca municipal de Poitiers y consultar un tratado de astronomía. Encontró lo que buscaba:

CRUX. Esta es la más pequeña en extensión de las constelaciones. Para la civilización helénica era de la constelación Centauro. En el siglo XI d.C. el astrónomo árabe Al-Biruni se refiere a esta constelación como Sula, la Viga de la Crucifixión, y se podía observar desde la India a una latitud de 30°. Dante en la “*Divina Comedia*” (Canto I: 22-4) penetra al Purgatorio por una entrada ubicada en el hemisferio sur y señala:

*“...dispuesto a espiar
este extraño polo, recuerdo cuatro estrellas
las mismas que vieron los primeros hombres,
y que desde entonces ningún vivo ha vuelto a ver.”*

Para este autor, los primeros hombres serían las primeras comunidades cristianas, pues Crux era visible desde Palestina al principio de la era cristiana, luego por los movimientos estelares, su visibilidad fue ubicándose en otras latitudes. Los nombres de sus estrellas son: Acrux (α Cru, 0.8m), creado por el americano Elijah Burrit como combinación de Alfa y Crux. Mimosa (β Cru, 1.3m). Gacrux (γ Cru, 1.6m), la combinación de Gamma y Crux.

Calixto copió el texto y en especial el dibujo de la constelación. Sintió cierto alivio al saber por lo menos qué era lo que tenía que buscar. Compró varias botellas de sidra y sentado en la habitación del hotel frente a una estampa de la santa, ordenó sus ideas

Estaba claro que sólo tenía seis meses, 24 semanas, 180 días y noches para encontrar a esa mujer, y que su profesión de abogado no le ayudaría en nada a lograrlo.

— Un abogado y funcionario judicial no tiene acceso fácil a las espaldas desnudas de las mujeres — pensó en voz alta

Así como había hecho para dar con los santos, elaboró una larga lista de profesiones y oficios. Empezó a descartar hasta reducirlos a tres que él podría desarrollar a corto plazo. “Masajista o fotógrafo o puto, o los tres”, concluyó, “no hay de otra”

Se tomó el último trago de sidra y antes de caer en sus efluvios adormecedores, miró las piernas donde la mancha azul índigo ya cubría las rodillas y cayó redondo en un sueño profundo, sin saber que en esa y muchas noches más sólo soñaría con la constelación de Crux y las espaldas de una mujer sin rostro. Varias veces despertó sobresaltado y sintió como si se helara. Tiritando y rezando concilió con dificultad el sueño.

El largo viaje de regreso le sirvió para trazar su estrategia para sobrevivir, y al llegar en pocos días tenía todo dispuesto para la búsqueda.

Lo primero que hizo fue renunciar al cargo que ocupaba en la Oficina de Migración, luego cerró su bufete y con sus ahorros acondicionó dos locales. En uno habilitó un estudio de fotografía que era su pasatiempo favorito, por lo que tenía un buen juego de cámaras, lentes, filtros y trípodes suficiente como para impresionar a cualquiera. Corrió la voz que tomaba fotos artísticas de mujeres y pagaba bien.

Al mismo tiempo en el otro local instaló un centro de masajes para mujeres, y con la lectura de un par de libros y

algo de práctica se habilitó para esos menesteres. Esto le servía de cobertura para hacer ligues y contactos para ofrecer servicios sexuales a mujeres. Esto último era lo más difícil para su fe recién renovada, y cuando quiso consolarse que sólo llegaría al punto de ver la espalda de su clienta, se dio cuenta que si no hacía su trabajo bien hecho nadie lo recomendaría y por ello de nada serviría transitar por la que dicen es la profesión más antigua del mundo.

Trabajó incansablemente. En los primeros días casi reventó y tuvo que moderar el ritmo. Un día descansando se miró al espejo y no tuvo más remedio que exclamar:

— Carajo ya no miro a una mujer, me imagino solamente su espalda.

De los tres papeles que interpretaba el de puto era el más dificultoso, pues era difícil de explicar a sus clientas el color que marcaba un tercio de su cuerpo cuando tenía que dejarse ver, pero se las arreglaba para buscar excusas y subterfugios para salir del paso.

Al cabo de cinco meses y tres semanas la mancha llegó a la altura de las clavículas. Ya no salió de su casa. Sabía que estaba en la recta final y que le quedaban unos días de vida. Abrió su diario y releyó lo único que tenía anotado en estos meses y semanas de frenética actividad.

“Al principio fui descubriendo que los lunares de muchas más mujeres que las me imaginaba, configuraban constelaciones. Las constelaciones más habituales que aparecen en el cuerpo de las mujeres son la Y griega que es la de los asesinos, el triángulo equilátero o doble y las tres estrellas seguidas que son las tres Marías. Entre los cientos de mujeres que he observado estos días encontré sólo un puñado con

constelaciones muy especiales. Pero antes de registrar mi hallazgo debo confesarme algo. En la medida que avanzaba mis exploraciones fui aprendiendo a reconocer las pieles de las mujeres y puedo afirmar que no hay una igual a otra como que no existen dos huellas digitales idénticas. Como no se trataba sólo de ver sino de tocar, la piel se fue convirtiendo en una especie de mapa, de cartografía donde el sentido del tacto adquiriría toda su plenitud, en especial en las pieles oscuras donde los lunares estaban invisibilizados a la vista y había que descubrirlos con el fino tacto de los dedos o la lengua. Esas pieles también tenían olores y sabores en especial cuando recorría sus caminos con mis sentidos florecidos y abiertos como girasoles.

La piel de esas mujeres era el cielo, y hasta la palabra lunares habla de lunas y en mi búsqueda, más bien de astros y luceros. Mis dedos y mi propia piel eran telescopios que escudriñaban ese universo de piel inquiriendo por hallar en ellos los destellos del firmamento.

Mi fotografía se convirtió en astrógrafo, mi boca en astrolabio, y mi mente desvarió entre la astronomía y la astrología pues muchas de esas constelaciones no sólo eran astrodinámicas, sino que ancestralmente expresaban la influencia de esos puntos luminosos en la vida de la gente. Lo racional y lo emocional se juntaron en mis investigaciones sin poder borrar las fronteras entre sí.

El día que encontré en las anchas espaldas de aquella mujer gorda a la constelación de la Cabellera de Berenice, fue inolvidable.

Esta constelación es la representación de la cabellera de la que fue reina de Egipto. Berenice sacrificó su cabellera a sus dioses agradecida por la vuelta, sana y salva, de su marido el rey, del combate. El soberano que no estaba enterado del gesto de su mujer, se encontraba molesto al verla calva, hasta que uno de sus sacerdotes le informó la verdad y además le señaló que los dioses, para inmortalizar la ofrenda generosa de Berenice, colgaron su cabellera en la bóveda celeste, lo que complació mucho al soberano.

Cómo masajista recorrí una y otra vez las espaldas de la mujer que se había dormido, mientras fotografiaba la escena para luego colocarla junto a la imagen de esa constelación que aunque tiene estrellas poco brillantes posee diversas coloraciones. La señora despertó animada por el masaje y me pidió amor, y yo complacido hice el mejor papel que pude mientras recordaba la especial característica de la Cabellera de Berenice que se encuentra en el polo norte de la Vía Láctea, en el punto en que la recta perpendicular a dicho plano corta el firmamento, ubicándose exactamente al otro lado de esta recta, en el espacio de la constelación del Escultor.

Serpens o la Serpiente. Nunca esperé encontrar en una muchacha tan desgarbada y poco atractiva a esta a constelación. Ella llegó a mi estudio por el dinero que ofrecía a las modelos de mis fotos artísticas, y como mi principio era aceptar a todas, sinceramente me sorprendió. Estaba perfectamente dibujada en sus espaldas con lunares grandes y precisos ese manojo de estrellas que es el más hermoso del firmamento del hemisferio norte. La distancia de esos a luceros a nuestro planeta es de 27 mil años-luz. El lunar más hermoso de esa espectacular espalda correspondía a la estrella más brillante de esa constelación, conocida con el nombre de Unukalhai, del árabe Cuello de la Serpiente. No pude resistirme en obsequiarle copia de la fotografía a la chica y explicarle lo que tenía en sus espaldas. Su rostro cobró tal belleza que sus ojos relumbraron como las estrellas de Serpens cuando con lágrimas en los ojos y, con una gran sonrisa, me dio un beso en la mejilla y se fue, cerrando cuidadosamente la puerta del estudio.

Pavo Real. Cuando vi a esa negra hermosa parada en el marco de la puerta preguntando por el masajista, entendí que lo que buscaba era sexo. La llevé a la cama que tenía preparada para esos menesteres junto a la sala de masaje, puse una pequeña lámpara azulosa que camuflara mi mancha, y tanteé las colinas y valles de ébano de la chica, buscando las planicies de sus omóplatos.

No lo podía creer, como ciego que lee un texto en Braille, reconstruí asombrado los ojos de la cola del Pavo Real. Tuve que interrumpir el acto y rogarle que me permitiera pintar con gotas blancas los lunares de su espalda. Ella asombrada lo permitió con la promesa de no cobrarle y revelarle el resultado de mi realización.

Los puntos blancos fueron señalando que era cierto. Puse tras de ella y frente a ella sendos espejos y le conté que la constelación de Pavo Real fue nombrada así en la mitología griega en honor de Argos, el constructor del barco del mismo nombre y que fue integrante de la expedición de los argonautas.

El hercúleo Argos que se decía tenía cien ojos, combatió con un toro salvaje y un sátiro, liberando a Arcadia. La diosa Hera le ordenó que cuidase a Ío, transformada en vaca. El gran Zeus deseaba a Ío y mandó a Hermes a que la robase, Hermes asesinó por ello a Argos. Hera, conmovida por el suceso lo transmutó a la víctima en Pavo Real y puso los ojos de Argos en la cola del animal y lo colocó en el mapa astral del firmamento para siempre.

Para mi desgracia, la negra reaccionó de manera violenta. Frustrada ella me insultó que por esa pendejada paraba un polvo que además era malo porque yo no servía (¡Qué falsedad!), que se iba a buscar algo mejor que yo, y exigió que borrara esos puntos blancos de su espalda negra como la noche, me mentó la madre y con la ropa semipuesta salió cerrándose como podía el zipper del vestido, dando un portazo que retumbó en todo el edificio e hizo caer el cuadro con la imagen de Santa Radegunda, rompiéndose el vidrio en mil pedazos.

¡Cómo olvidar la espalda trigueña con olor a monte de aquella chica interiorana que lucía la constelación Lacerta! Hevelius la nombró como Stellio, una especie de tritón con manchas que aparentan luceros. El astrónomo Augustine Royer en honor del rey Luis XIV, en el siglo XVII le puso el nombre de Sceptrum o el cetro o la mano de la justicia.

O la espalda amarilla con olor a té de jazmín de la constelación

de Lynx o Lince, la cual también Hevelius nombró porque sólo las personas con ojos de lince pueden captar la suave luminosidad de sus estrellas. Algunos han visto en ella la silueta del tigre.

O aquella dama con la espalda apergaminada por los años con la constelación del Ave del Paraíso introducida por Bayer según las observaciones de los holandeses Keyzer y Houtman que se llamó al principio Avis Indica (Pájaro Indio).

No recuerdo la cantidad de espaldas desnudas de mujeres con lunares que he visto, tocado, saboreado últimamente. Pero sí recuerdo vívidamente la espalda blanca como la leche con lunares rojos con la constelación de Camelopardalis que, según Bartsch, representa el camello que condujo Rebeca a Canaán para casarse con Isaac. La espalda hombruna y peluda con olor a alquitrán de la constelación de Caelum, también conocida como Scalptorium (el escalpelo), una herramienta de los escultores. El astrónomo americano del siglo XIX Elijah Burrit intentó introducir el nombre de Praxíteles, en referencia al escultor griego del siglo IV a.C.

O las espaldas tersas casi translúcidas aromatizadas de ilán ilán delineadas con la configuración de la constelación de Columba o la Paloma, creado por Petrus Plancius para representar a la paloma que soltó Noé desde el Arca para buscar tierra firme después del diluvio universal. La espalda acholada con la textura de la tierra de la constelación de Phoenix de la estrella α Phe que tiene el nombre de Anca, pues los árabes visualizaban una barca con sus velas enbiestas navegando por los cielos. Y la espalda olorosa a azafrán y ruibarbo con la constelación de Pictor nombrada por Gould en 1877, pues su nombre original era “Caballote del Pintor” (*equuleus pictoris*).

La espalda pequeña de la enana en la que pude ver con lupa Sculptor, la constelación cuyo nombre original era “Taller del Escultor”, y que se encuentra en el sitio de la antigua constelación del Agua de Arato.

La otra espalda, tersa con sabor a orégano y mastranto que dibujaba la constelación de Sextans; su nombre original era Sextans Uraniae, que hace honor a Urania, la musa de la astronomía...

Total, las espaldas femeninas se convirtieron en una fijación. Además de estar en contacto con decenas de ellas diariamente, compré todas las revistas y publicaciones que las mostraran, hurgando en las fotos en busca de la constelación de Cruz. Visité todas las exposiciones fotográficas y pictóricas, asistí a desfiles de modas y no dejé de acudir a playas y balnearios auscultando a diestra y siniestra las espaldas mojadas o bronceadas.

Debo aceptar el hedonismo que creció en esta labor en que se resolvía mi vida o mi muerte. Me llegó a gustar tanto que se hizo extensivo al reverso del cuerpo femenino y luego al anverso, hasta el punto que llegó a ser una obsesión no sólo mirar sino recorrer los caminos del cuerpo cuando podía hasta sus recovecos púdicos. Pero la ansiada constelación no apareció.”

Hasta aquí llegaba su diario. Calixto cerró el cuaderno y entonces por primera vez pensó intensamente en la muerte. Morir helado. Anoche sintió el anticipo cuando sus dedos gordos amanecieron tan fríos que pensó en hipotermia y que los perdería. La imagen de la vieja haitiana castigando con su dedo-varita mágica la muerte de su pequeña se atravesó otra vez frente a él. Movi6 la cabeza enérgicamente para borrar la imagen. Tenía que seguir adelante, en esos pocos días que le quedaban de fatídico plazo.

Escuchó al cartero dejar la correspondencia en el buzón de la entrada, pensó en las revistas suscritas cuyas fotos debería revisar. Abrió la puerta y recogió un bulto de un centenar de sobres. En ese momento y sólo por unos segundos tuvo una fuerte taquicardia y se detuvo asustado

llevándose la mano al corazón:

— ¡Dios mío! Latió a la derecha y no a la izquierda — exclamó.

Lanzó los sobres en el escritorio y se avalanchó sobre ellos rasgándolos y examinándolos casi con furia. No descubrió nada hasta llegar al último sobre. El remitente era un colega de una firma de abogados que insistía siempre que lo ayudara en ciertos casos, haciendo caso omiso de la advertencia de Calixto que estaba retirado de la profesión. Rasgó el sobre y apareció un expediente de un caso de violencia intrafamiliar. Se adjuntaba unas fotos del forense en la cual se apreciaba los golpes sobre el cuerpo de la mujer. Una de las fotos era de la espalda y mostraba entre cardenales y hematomas la constelación de Crux en la piel de una tal María Iluminada. Calixto casi se desmayó.

Le demoró cuatro angustiosos días para dar con el paradero de la mujer y de su hija, que huyendo de esa violencia que la sangraba, amorataba y desgraciaba sus vidas se habían refugiado en una lejana isla, y dos días de viaje para llegar a ese paraje recóndito donde las ballenas hacían el amor en la bahía, inundando de sugerentes bufidos y silbatos las noches de cuarto creciente.

Llegó a la isla al mediodía con la urgencia de saber que sólo contaba con el resto de ese día hasta las doce de la noche. Con maquillaje había cubierto su rostro y sus manos, pues la ropa cubría su cuerpo azul. Al llegar al puerto se encontró en la pasarela del muelle con el alcalde y un policía que esperaban para llevar en la misma lancha que regresaba a tierra firme, un cadáver enfundado en una bolsa negra que se usa para tales efectos. Casi no fue necesario preguntar, pues le dijeron que era el cuerpo de un forastero que había

venido a matar a María Iluminada, la maestra del pueblo, y que huyendo se había partido la crisma en el acantilado.

— ¿La maestra está bien? — preguntó temeroso. El alcalde le dijo que sí, que estaba conmocionada y que se había quedado en su casa. Esperaban en las próximas horas o días la visita de un funcionario para las investigaciones respectivas. Se sabía que el difunto era prófugo de la cárcel donde estuvo detenido por los abusos cometidos contra la maestra. Ella ya no tenía nada que temer, pues su única amenaza había muerto estrellado contra las rocas filosas del acantilado en la madrugada.

Vio como se embarcaban las autoridades y su carga. Fue al hotel y se inscribió. Se bañó, se vistió de saco y corbata, se maquilló concienzudamente, y, maletín en mano, preguntó en la recepción la dirección de la casa de la maestra, por lo que tuvo que escuchar otra vez la historia del suceso que conmovía al pueblo, sólo que algo cambiada pues le agregaron algo confuso sobre unas luciérnagas, y marchó hacia la dirección señalada.

Al llegar a la casa tocó la puerta. Una niña le abrió y lo miró algo asustada. Él preguntó por su mamá. La niña le dijo que entrara y esperara en el balcón y fue a avisar a su madre. Al rato escuchó el rechinar de los goznes de una puerta y una voz cansada dijo:

— Buenos días, señor.

Calixto se levantó y se volvió. Frente a él estaba una mujer atractiva pero visiblemente fatigada.

— Perdón — dijo — pero debo hablar con usted. Soy el licenciado Calixto Algandona, y como funcionario judicial vengo de la ciudad a investigar el incidente. . .

Calixto tuvo que callar pues el corazón palpitó alocado

en el lado derecho. Sintió que no podía respirar por la nariz sino que el aire le entraba por las orejas y que se desmayaba. Cuando volvió en sí estaba en el balcón de la casa con una compresa fría en la frente, y los rostros de María Aparecida y María Iluminada lo auscultaban con preocupación.

— ¿Se siente mejor? — preguntó la maestra — Es una locura caminar en esta isla con el calor que hace en estas horas del día. Es la primera vez que veo tanta rapidez en la burocracia estatal. Usted llegó a pocas horas de los hechos de anoche.

— Estaba en otra investigación en tierra firme y me ordenaron que cambiara el rumbo y viniera para acá — dijo incorporándose y quitándose la compresa.

— ¡Mami, qué le pasa al señor en la cara? — preguntó María Aparecida señalando la frente azulosa de Calixto.

— Es sólo una afección de la piel, no es contagiosa — dijo Calixto. — ¿Me presta el baño?

Luego de retocarse la frente, regresó al balcón y escuchó el relato de María Iluminada sobre lo acontecido, sólo que ella no mencionó luciérnagas sino avispas. Afirmó que su ex marido se había topado con un panal de avispas correvenados, que desesperado con sus piquetes, confundido por la oscuridad y el desconocimiento del terreno había equivocado el camino y en lugar de encontrar la playa donde pensaba sumergirse y espantar a los aguijones de los insectos, había ido a dar al acantilado.

Calixto anotó o hizo que anotó todo, mientras pensaba cómo lograr que esa mujer le diese voluntariamente un abrazo a un desconocido recién llegado, que además parecía enfermo y que se hacía pasar por funcionario que la investigaba, y que todo esto ocurriese ese mismo día. No tardó



en darse cuenta que con su interrogatorio presionaba sobre el cansancio y tensión de María Iluminada y decidió dejarlo hasta ahí, por el momento.

Al despedirse, escuchó a la niña recordarle a su madre su promesa de asistir a la misa que se celebraría esa noche en honor a la patrona del pueblo, y que después verían algo de la feria. La madre asintió y Calixto tembló al pensar que era su última noche y que como diera lugar él debería estar ahí, junto a ella.

En su habitación del hotel, Calixto le puso velas a Santa Radegunda y tomó de la provisión de sidra, que le hizo dormir una tan buena siesta que la preparó para la noche más importante de su vida.

*

La iglesia y la plaza estaban plenamente iluminados y adornados para la ocasión, y todo el pueblo sólo tenía ojos, oídos y lenguas para la maestra y su hija que actuaban simulando la mayor naturalidad posible. María Iluminada, mientras oraba por el alma de Miguel durante la liturgia, sintió la mirada penetrante y el aliento del licenciado a sus espaldas. Al darse la paz antes de la comunión, Calixto intentó un abrazo pero la mujer lo frenó con su mano extendida.

Al salir de la misa, la feria popular se desenvolvía en la plaza con el traqueteo de las ruletas improvisadas, el olor de fritangas y un pequeño tiiovivo descolorido para los niños. María Iluminada compró algo de comer mientras que la niña disfrutaba del tiiovivo. No pensaban demorarse y querían regresar a casa antes que iniciara el baile en la plaza, pues sea lo que fuere, una persona había muerto y merecía su

respeto. Detrás de ella estaba el licenciado, extrañamente vestido con un abrigo y corbata y sin sudar en medio de una noche muy cálida

Calixto no tardó en abordarla:

— Señora, la entrevista no ha terminado.

— Mañana si gusta, podemos continuarla.

— Tiene que ser esta noche. Mañana ya no estaré. Es urgente que hable con usted esta noche. Debo contarle algo muy importante, de vida o muerte..

— No quisiera hablar más de la muerte de Miguel, por hoy. Ya es muy tarde, son como las diez de la noche. Son muchas emociones juntas. Mañana, es mejor, licenciado. Retrase su partida.

— Insisto que ahora, antes de la medianoche..

En ese momento la música irrumpió, pues la pareja no notó que un músico con una armónica había ocupado la tarima y abrió el baile con los primeros compases de una canción. Casi instantáneamente todo el pueblo se lanzó al ruedo como si la música los obligara a danzar. Se armaron parejas y hasta los que estaban solos bailaban haciendo piruetas y riendo. El boticario se encontró de pronto girando en su silla de ruedas. El sacerdote bailaba con la ramera del pueblo. Los niños del tióvivo se contoneaban cerca de las bancas. En el medio de la plaza, María Iluminada y el licenciado Calixto Algandona también danzaron sin parar. En ese momento, no obligada ni por la música ni por nada, María Iluminada sintió la necesidad de darle calor a ese cuerpo frío que estaba cerca de ella. La estremeció su propia soledad, los meses sin hombre, sin caricias. El angustiado rostro maquillado le hizo sentir entre lástima y ternura y, por qué no, deseo. ¡Era libre al fin! Y lo abrazó, buscando sentir el

cuerpo de su pareja. Calixto Algandona sintió el cuerpo de la mujer estrecharse con el suyo y en ese instante un dedo cálido le recorrió cada vértebra de la columna, por lo que se quitó el abrigo y lo lanzó lejos de sí. La vida lo inundaba y un tenue y casi invisible humillo azuloso se desprendió de su piel. No pudo evitar la erección ni que su pareja lo sintiera. Su mano derecha recorrió lentamente la delgada tela de la blusa de María Iluminada en lo que pareció una disimulada caricia sensual.

Lo que no sabía la maestra era que el atractivo licenciado que la apretaba en el baile estaba recorriendo con sus dedos los luceros de su espalda, y reconstruyendo en el firmamento de su piel una parte de las estrellas que tachonaban el cielo de la isla.

Los pentagramas

Esa mañana después de asearse, Germinal Miranda miró fijamente el pedazo de espejo y se dibujó la lágrima debajo del ojo izquierdo, tal como lo hacía todos los días desde hace tres años.

Mientras deslizaba el marcador sobre su tez, no podía descuidar lo que ocurría a su alrededor. El baño de una cárcel era uno de los lugares más vulnerables, pues tanto la ducha como el inodoro eran espacios de indefensión que podían utilizar sus enemigos para fregarle.

Así pues, cada mañana, después del regaderazo con el chorro de agua cortante y fría del tubo, Germinal realizaba lo que era ya un ritual. Los demás detenidos entendían el mensaje con claridad. Una lágrima dibujada o una ceja afeitada sólo significan una cosa: venganza. Alguien tenía

una grave cuenta pendiente con este muchacho, y por ello cada día marcaba su rostro con la marca del no olvido y su deber de saldar esa cuenta con la eliminación de su enemigo. Esto y la acusación de asesinato que pesaba sobre Germinal, infundían respeto a los demás reclusos.

Germinal tenía dos caras grabadas en su mente. La de su amigo, su pana, con los ojos desorbitados derrumbándose sobre el volante con un balazo en la frente, y la del homicida, ese desconocido que disparó enfurecido, luego de bajarse de su auto embestido accidentalmente por el bus donde viajaban los dos muchachos.

La policía no dudó en detener a Germinal, pues sobre él pesaban varios factores adversos. Sus antecedentes, el barrio donde residía y que era negro. Lo cierto es que además, recientemente el barrio había sido testigo de una pelea entre los amigos, hecho que las autoridades interpretaron como el móvil del crimen. En su expediente no figuraba el asesinato sino algunos hurtos y delitos menores. Pero nadie le creyó su versión de los hechos, pues no había testigos, ni manera de dar con este asesino que huyó en su auto, del cual Germinal sólo podía recordar que era de color rojo. Como siempre la soga se rompe por la más delgada, Germinal fue el frágil eslabón de la cadena, que permitió a las autoridades cerrar el caso con facilidad. Así, Germinal fue a dar con todos sus huesos a la cárcel. Pasó tres años sin que ni siquiera lo encausaran mientras sufría las penurias del limbo de la mora judicial. Sin dinero para abogados y sin ayuda de nadie, intentó fugarse dos veces. La primera vez lo hizo solo y fue atrapado a la vuelta de la esquina. Fue castigado con confinamientos solitarios y con tandas de golpes cuando lo trasladaron a una prisión de mayor

seguridad. La segunda fue una fuga masiva que le permitió quince días de libertad.

*

Germinal, en cuclillas en un rincón del patio de la cárcel, limpió cuidadosamente la armónica con el borde de la camisa, se la llevó a la boca y sintió su sabor salobre. Tocó unos acordes y recordó a Williams III. Lo conoció después del primer intento de fuga. Era negro pero chombo. Es decir, descendiente de los “*west indian*” que vinieron a construir el canal, gente de habla inglesa y religión protestante. En cambio, Germinal era descendiente de los esclavos traficados por los españoles desde hace siglos, parte de los cuales se rebelaron como cimarrones en los palenques.

Nunca olvidará cuando, casi inconsciente y vuelto un guiñapo humano por la más severa de las palizas recibidas, lo despertó una voz que cantaba, mientras sentía que unas manos le curaban las heridas. Apenas pudo preguntar quién cantaba y el antillano le respondió que Bob Marley.

Germinal pensó que su espontáneo sanador y cuidador se llamaba Bob Marley, hasta que ya repuesto éste le explicó que Bob Marley era el autor de la canción que había cantado y de muchas otras canciones y le extendió la mano y se presentó:

— Soy John Peter Williams III.

Resultó que Williams III estaba inmerso en el mismo limbo que Germinal y que por igual afirmaba su inocencia pues fue utilizado como chivo expiatorio por los que en verdad robaron en la empresa donde trabajaba.

— ¿Alguna vez oíste hablar de mi abuelo? — preguntó.

— Yo me llamo igual que él. Se hizo famoso pues le llamaron el Robin Hood negro. ¿Por qué? Dicen que robaba a los ricos para darles a los pobres. Lo mataron en 1922 y operaba en Colón, Calidonia y San Miguel.

— ¿Mató a alguien?

— Negativo. Pilla, lo único que heredé de él fue esto. Williams miró a todos lados y le enseñó una armónica.

— ¿Sirve? — preguntó Germinal.

— Escucha... Williams tocó parte de la tonada que había cantado. Al rato agregó:

— El nunca se desprendió de este instrumento. Fue lo único que mi padre pudo rescatar y lo heredé yo.

Germinal Miranda y John Peter Williams III se hicieron muy amigos; más aún cuando Germinal se enteró que el chombo no sólo curó sus heridas, sino que mantuvo a raya a algunos depredadores que rondaron al desfalleciente hombre de la lágrima.

Una noche Williams le contó cómo su abuelo se fugó de todas las cárceles donde lo encerraron, y que la fuga más impresionante fue el escape de cuarenta presos que organizó cuando hacían trabajos forzados en el camino del Parque Summit al poblado de Gamboa. Por ello la policía de la Zona del Canal le puso precio a su cabeza. Entusiasmado por la descripción Germinal empezó a fraguar la fuga que dos meses después se haría realidad.

Veintiocho presos realizaron la fuga más espectacular de la historia del país, inspirados en las técnicas de John Peter Williams I. La mayoría todavía está prófuga, pero tanto Germinal como Williams III fueron vueltos a capturar, pues en lugar de marcharse lejos se quedaron en la ciudad para buscar

-infructuosamente- al asesino anónimo. Los custodios se cebaron en Williams al ubicarlo como cabecilla de la fuga. En medio de la tortura se escuchó su voz cantando.

Enfurecidos, sus captores redoblaron sus abusos, hasta el punto que llevaron al antillano a las fronteras de la muerte. La noche en que expiró en la celda, sangrante y tumefacto en los brazos de Germinal, John Peter Williams III se despidió de la vida. Le entregó la armónica de su abuelo y musitó casi ininteligiblemente estos versos de Marley: *“Una mañana resplandeciente cuando mi trabajo esté terminado / Los hombres irán volando a casa.”*

*

Germinal escuchó la algarabía de los pericos, se irguió y puso la mano como visera. Miró hacia el único objeto del mundo exterior visible desde la ergástula. Una porción de un poste eléctrico con cinco cables colgantes. Ansioso esperó por la bandada de pericos que todas las tardes sobrevuelan la prisión. Los escuchó pero no los pudo ver. La bulla de sus chillidos se perdió en la distancia. Buscó en su bolsillo la hoja de papel y repasó el dibujo del pentagrama... y la imagen de viejo indio invadió sus recuerdos.

El viejo indio siempre estuvo ahí pero era como si nunca hubiera estado. No hablaba y a nadie le importaba pues no lo tomaban en cuenta ni para bien ni para mal. Nadie lo iba a ver a la prisión y era uno de los pocos que tenía la condición de juzgado y condenado. Veinte años de prisión por el asesinato de un sobrino y ya llevaba catorce cumplidos. Su rostro era inexpresivo pero nadie captaba que seguía atentamente, desde su anonimato y su aparente autismo,

todo lo que acontecía a su alrededor. El indio estaba tan invisibilizado que ni Germinal ni Williams captaron que siempre era la persona más cercana a ellos y que escuchaba todas sus conversaciones colgado de su pequeña hamaca de saco de yute amarrada a los barrotes de la celda.

La noche de la muerte de Williams, luego de que los policías se llevaron su enorme corpachón arrastrado como un costal de papas, el viejo indio se acercó a Germinal y le tocó el rostro donde la lágrima pintada se borraba con la humedad del llanto. Le dijo las primeras palabras que se le escucharon en catorce años:

— *Ibia nis arioge mai.*

— ¿Qué quiere decir? Siempre pensé que eras mudo.

— Que lloras, que sufres.

El indio se sonrió, y con palabras en kuna y español mal mezcladas le consoló. Le habló de la vida y la muerte y, sobre todo, de la esperanza.

Al cabo de varias horas comprendió el drama del anciano. Su juicio fue hablado en español, y el viejo indio asintió a todo lo que se le preguntó pues no comprendía nada del español. La muerte de su sobrino ocurrió en un lejano paraje del Darién donde ambos estaban de paso, muy lejos de sus comunidades edificadas en lejanos parajes del otro lado de la frontera.

Germinal le propuso al indio que desde ese día haría un cambalache. Él le enseñaría mejor el español y a cambio aprendería de su lengua y de su sabiduría. También se hizo el propósito ayudar a resolver esta injusticia.

Escribió cartas e intentó por todos los medios dar a conocer este caso. Hasta que se dio de narices con el hecho de que nadie le importaba la suerte o destino del indio. Pero insistió con vehemencia.

Una tarde de verano que a fuerza de ser hermosa se aposentó en los lúgubres rincones del presidio, ambos sentados en el patio gozando de la brisa, presenciaron una bandada de pericos que irrumpió y rodeó al viejo indio que invocó algo mirando al cielo. Germinal estupefacto admiró como las aves respondían con más piruetas y algarabía.

Unos días después ocurrió algo inesperado. En una reyerta entre bandas, un reo enloquecido por la droga que traficaban los policías dentro de la prisión, en su arremetida contra un adversario erró con un afilado estilete que se había fabricado con un tenedor y cortó la hamaca que se enrojeció con la sangre del indio. Era un corte feo en una pierna. Los custodios no le dieron importancia y afirmaron que por ser carnavales estaban cerrados los servicios médicos, y que el indio podía esperar hasta después del miércoles de ceniza.

De nada sirvieron las amenazas y hasta las súplicas de Germinal y otros detenidos. Una septicemia recortó la vida del indígena en pocos días y se murió como Williams entre sus brazos. Lo último que hizo el kuna antes de dormir para siempre, fue señalar el poste de luz y exclamar:

— *Sikni tanguen.*

Germinal recordó el significado de esas palabras: bandadas de pájaros.

El viejo indio afiebrado se aferró a su brazo.

— Debes encontrar la música, pero sólo debes tocarla cuando encuentres la paz contigo mismo — susurró y se derrumbó en la hamaca.

Germinal le cerró los ojos. Entonces mientras caía la noche de ese martes de carnaval, sucedió. Los pericos regresaron y revolotearon por el patio, se acercaron a la hamaca mortuoria y se posaron en ella, como un último adiós. Luego se elevaron y se posaron en los cables.